



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 10, Núm. 2, pp. 13-24 - ISSN 2027-5528

Azul mortal (fragmentos del libro)

Maryse Renaud



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



AZUL MORTAL

MARYSE RENAUD



1

Por fin.

Contemplas desde la terraza del bar el fuerte de granito hundiéndose lentamente en la luz crepuscular. Los turistas apiñados a su pie comienzan a dispersarse por las calles céntricas o se dirigen al embarcadero, en espera de la lancha que ha de llevarlos al otro lado de la bahía. Regresan mustios a sus hoteles, arrastran las sandalias sobre el asfalto tibio y las serpentinas deshechas, colmados los ojos y los oídos de los últimos fulgores de la fiesta.

13

Cambios y Permanencias, ISSN 2027-5528, Vol. 10 No. 2, julio-diciembre de 2019, pp. 13-24

Es Miércoles de Ceniza. Ya han empezado a quemar al monigote Vaval. Te asaltan de golpe recuerdos de la infancia. Agridulces. Como todos los momentos que estás viviendo actualmente y te llenan de insatisfacción. Tus padres se mostraban reacios a que te colaras entre la multitud enardecida, pero con la complicidad de Robertine, la vieja sirvienta del rodete trenzado, lograbas escurrírteles. Siempre. Terminabas por reunirte, con disfraz o sin él, con las comparsas de adolescentes que desfilaban delante de tu casa, agitándose como posesos. Y te desgañitabas como el que más, al son de los tambores, libre por fin. Al ritmo de los tambores de África, que emigraron a tu isla en tiempos inmemoriales con los primeros esclavos, por mucho que se esforzaran por olvidarlo tus padres. De puro aficionados a la cultura europea. ¡Y venga a sacudir, frenético, la cabeza y los hombros!, a lo cafre —como solía comentar tu madre disgustada.

Escudriñas la gran ola blanca y negra que lo sumerge todo, imponiendo su ley austera : retroceden los diablos rojos de rabos revoloteantes, las máscaras gesteras consteladas de espejitos, y hasta la lascivia campechana de los cuerpos sudorosos se va extinguiendo. Hoy no te apetece nada. Manoseas nervioso tu jarra de cerveza, te comes desgano el maní y las aceitunas que te han servido graciosamente. Gente simpática la de este bar, no te apuran para que repitas el pedido. Hasta ti se elevan, al paso de las últimas carrozas, los tenues aplausos de los turistas que aún quedan. Te sonríes ante su decepción. Con una pizca de malicia.

Ahuyentas de un manotazo una voluta de humo que te roza la nariz. También tú te sientes defraudado. No por el fin del carnaval, tenía que ser; ni por el brutal crepúsculo tropical, tan previsible, tan rutinario, que siempre sorprende a los europeos, sino por la inexplicable ausencia del amigo. ¿Acaso no habíais quedado los dos en encontraros ahí arriba ?, en la terraza del primer piso de acogedores sillones de mimbre, desde donde da gusto otear la plaza de la Sabana, el viejo fuerte, esa bahía imperiosa de aguas sosegadas, el Malecón, y rehacer tranquilamente el mundo. Como en aquellos tiempos...

No va a venir. No quieres ceder a la cólera, ni a ese asomo de rencor que ya empieza a amargarte la boca. Ni te ha llamado por teléfono. Ya no sabes qué pensar. Una inquietud sorda va sustituyendo poco a poco al mal humor. No quieres apremiar a los amigos, acorralarlos, exigirles más atención de la que pueden prestar. Últimamente todos parecen haberse vuelto indiferentes, sordos. Te suena muy raro el comportamiento de Rol. ¿Será posible que quince años de ausencia hayan borrado tan entrañable amistad, que este 65 no te depare más que desilusiones? Te sientes abandonado, solo con tus problemas. Es la persona idónea, de esto no te cabe la menor duda, para abrir la trocha, para que vayas avanzando por esa maraña, para que termine todo rápido.

No lo vas a llamar.

Ya empiezas a sentir el haberles hecho caso a las extravagancias de tu esposa.

—¿Qué es lo que esperas, hombre, para irte allá? —no paraba de sugerirte, en un tono que no tardó en pasar de incitativo a vehemente.

Con un punto de agresividad incluso... quizás. Ya no estás seguro de nada, se desboca injusta tu imaginación. Cierras de golpe los ojos. ¿Qué pintas tú aquí en Fort-de-France, jugando al detective frente a la plaza de la Sabana? Nada trascendente hay que descubrir. Nimiedades, algunos detalles en los que no te importa demasiado hurgar, y que Adriana infla desmesuradamente. Pero es que Adriana ignora muchas cosas de tu vida pasada, es que eres muy parco de palabras, poco propenso a compartir. Y hasta egoísta a veces. Ella está equivocada de buena fe.

Haberte quedado en París, gozando de la lenta explosión de la primavera en este Jardín del Luxemburgo al que dan las ventanas de tu despacho, al que tienes gran apego. Casi tanto como a tu tierra antillana que reafirma ahora, imposible zafarte, todo su poderío sobre ti.

Una brisa salada sopla desde el mar. Esta vana espera te saca de quicio. No puede ser.

Ahora te vas a retirar a tu hotel, a cuatro pasos del bar. A último momento te llama la atención una cohorte de mujeres de arcilla, pintado todo el cuerpo con un ocre suntuoso. Se van eclipsando poquito a poco por una calle del casco viejo. Con aplomo y donaire, balanceando cadenciosamente sus formas orondas. Nunca habías visto en los carnavales anteriores, ni oído hablar de semejante formación femenina. ¿Será acaso un invento de las nuevas generaciones? Echas una mirada interrogativa a una joven pareja sentada a un metro de tu mesa, enzarzada en una discusión cuyos ecos agrios te sobresaltan.

—Con este cuentazo usted no engaña a nadie —suenan la voz masculina, prepotente.

—Bájese del burro, hombre, déjeme tranquila. Si ya estoy cansada de decirle que no soy venezolana, ni cubana, ni de esos lugares que usted cree... ¿No me habrá tomado, supongo, con la piel que tengo, por una canadiense? Soy de aquí, lo siento, tan martiniquesa como usted. ¿Cuándo es que lo va a admitir? ¿Quiere que le repita otra vez dónde nació? A cien metros de este bar. En la calle Blénac.

La joven te mira ahora implorando tu ayuda. Que se lo saque de encima ella sola, con sus botincitos de cuero negro, ¡vaya ocurrencia!, que en su tierra natal la hacen pasar por una extranjera.

—Bueno... Usted no sabe lo que se pierde, señorita —le larga con insolencia el gigoló decepcionado, renunciando bruscamente a sus inoperantes piropos garapiñados.

—Ni usted tampoco —la muchacha sacude la cabeza con desdén.

Muy bien, muchacha. Muy bien... Ya ves que no necesitabas a nadie para salir en tu defensa. Con esta última salva le has bajado definitivamente los humos. Y observas divertido al profesional derrotado que se retira zigzagueando. Tú también estás por marcharte, pero te siguen subyugando extrañamente estas mujeres de arcilla. La muchacha

de los botincitos negros también se fija en ellas, perpleja, sin moverse. Y en tus manos anchas de uñas cuidadas y venas aparentes, de casi cincuentón, posa una mirada entre enternecida e insistente. No. Eso no. No estás para escarceos amorosos, en esas trampas de principiantes no vas a caer. Que se vaya ella de una vez. De todas formas aquí no vas a echar raíces.

Tragada por la noche violeta, la ondulante comparsa se ha desvanecido ya. Ocre como el mamey, ardiente como el polvo que levantaban en tus años mozos tus zapatones de soldado, junto a Roland Ozana, en las marchas de entrenamiento de la mili. Rol y Albert, los dos cabezotas del regimiento, bajo el sol cortante de enero. Arrastrando los pies, rompiendo deliberadamente la cadencia, llevando la contraria a los mandatos de los jefes.

Mañana lo llamarás. No se olvidan tan fácilmente las travesuras de la juventud, ni las luchas en común de la edad adulta. De golpe te embarga la angustia. ¿Y si estuviera Rol en un apuro, si fuera él de los dos el más necesitado de atenciones ?

Ya habían pasado dos semanas. Catorce días inquietos durante los cuales Adriana, pendiente del buzón, dio libre curso a su imaginación sedienta de novelorías. Recibió una carta llena de vaguedades en la que Albert aludía apenas a lo que había motivado su viaje a Martinica. Quedó perpleja, contrariada por lo que consideraba una falta de consideración hacia su persona. Se sentía frustrada una vez más en su aspiración a ser tomada en serio,

escuchada, felicitada. Esperaba agradecimientos y sólo le había llegado, un sábado, un feo sobre de esos que desde hacía un tiempo solía usar su marido. Papel reciclado o algo por el estilo debía de ser, tan desabrido como ese cielo de París que la ponía de mal humor.

Decididamente, por mucho que hiciera Adriana, Albert se mostraba cada vez más condescendiente con ella y sus compañeros de trabajo, esa alegre cuadrilla de jóvenes actores teatrales que frecuentaban su casa. No decía ni pío, los hacía pasar mecánicamente al salón, y era tan desganada su acogida que algunos desistieron definitivamente de visitar a su esposa. Se acostumbraron a reunirse en las tascas y cafeterías del barrio, lejos de su mirada austera.

Sin embargo, ¿acaso no era Adriana quien acababa de revelar un dato capital que él ignoraba hasta entonces, con el que pretendía deslumbrarlo ? Hacía como quince años, en Martinica, habían intentado asesinarlo en el patio de la Prefectura igual que a dos camaradas sindicalistas que lo iban acompañando. A último momento, cuando se disponía a acudir a la cita, sonó el teléfono de su casa. Le advirtió una voz femenina de la trampa que estaba a punto de cerrarse sobre él. Precipitada, temblorosa, casi inaudible. Bruscamente se interrumpió la llamada. Nunca logró identificar a la mujer a quien debía la vida. Y ahora era Adriana quien le entregaba la clave del enigma en bandeja de plata.

Ella sabía, él no era tan sagaz como se lo imaginaba.

Adriana salía de un importante mitin político en el que los oradores, desde una imponente tribuna presidida por los principales integrantes de la diáspora, habían defendido con entusiasmo la causa de la independencia de las Antillas y de Guayana. Estaba sola, sin su esposo, retenido en casa por una gripe feroz. Aturdida por las consignas, los aplausos, la euforia generalizada, la confianza en el futuro. Cerraba la noche. Todos se iban dispersando bajo una llovizna fría y sucia que desdibujaba los perfiles. Se encaminaba hacia la estación de metro más cercana cuando oyó a sus espaldas unas pisadas apagadas.

—¿Señora de Constant ?

Adriana, sorprendida y halagada de que alguien la hubiese reconocido, aminoró instintivamente el paso.

—Señora de Constant... Lo van a matar.

—¿Pero ¿qué está diciendo usted ? ¿De quién está hablando, por favor? ¿Que me van a matar a mí, a... ? —replicó asustada a la anciana, que ahora caminaba a su par y parecía andar con ganas de pisarle los talones.

—No venga, lo van a matar —la miraba con una insoportable insistencia una mujercita de como setenta años, machacando incomprensiblemente la lúgubre advertencia del pasado. Adriana, alelada, creyó perder el sentido, le flaquearon las piernas. Pese al frío, sintió que se le iba cubriendo la frente de un sudor pegajoso. Resurgieron en un fogonazo las violencias y desmanes del pasado, la imagen odiosa de la Prefectura de la que le había hablado prolijamente Albert en los primeros meses de su matrimonio, cinco años después de fallecida su primera esposa. El viejo dolor adormecido alzaba cabeza.

—Usted, señora...

—Sí, yo soy la que... Mire, no podía tolerar que a un muchacho tan joven, tan apuesto, que era el señor Constant el más brillante de su generación, de nuestros políticos... Para entonces todavía no era su marido, es cierto, pero da lo mismo. Soy una madre, señora, soy cristiana... Morir a los treinta años un hombre tan honesto, ¡no ! No podía ser... Sentí que debía intervenir, estaba en mi mano avisarlo, evitar tal vez..., aunque esto me trajera graves disgustos.

Y bajando de repente la voz preguntó tímidamente :

—Al mitin no ha asistido el señor Constant, ¿no es cierto ? ¿Estará enfermo ? ¡Qué pena ! Cómo lo siento...

Adriana asintió púdicamente con la cabeza. Las dos mujeres se pusieron a cubierto en un café. Flotaba en el establecimiento un olor a colilla fría, mezclado con tufos de fritanga, que se les agarró a la garganta. Empezaron a estornudar, pero caía tan fuerte la lluvia que optaron por quedarse. Adriana, abatida, escuchó las confidencias que la anciana iba destilando con voz entrecortada.

Estaba de paso por París, se había enterado por casualidad de la celebración de un gran mitin independentista a unas cuantas manzanas del piso de su hija. En la calle Blomet. Ésa misma adonde, de joven, la había llevado su esposo a conocer la efervescencia contagiosa del *ragtime* y el *boogie woogie* en el legendario «Baile negro» de los antillanos y africanos de París. ¡Qué época aquella, despreocupada, campechana, alocada !, tan diferente de estos años sesenta, agitados, conflictivos, reivindicatorios, dondequiera que se mirara. Entonces no se abordaban abiertamente como ahora, en los periódicos y la radio, el derecho de los pueblos, la dignidad del oprimido, la legitimidad de la descolonización, temas serios todos ellos que la interesaban vivamente y la angustiaban al mismo tiempo. No se atrevía a opinar.

De golpe, trastornada, decidió asistir a ese mitin providencial. Tenía que aprovechar a toda costa esa oportunidad que, bien lo sabía, no se le volvería a presentar más. Se llegaría mal que bien, pese a la multitud, a los empujones, a su falta de notoriedad, hasta el señor Constant ; le revelaría su identidad, leería en sus ojos el estupor, le hablaría sin cortapisas, vaciaría por fin el saco, segura de que en ese tipo de reunión no podía faltar el antiguo líder comunista. ¡Eran tan duros aquellos años cincuenta que habían vivido los martiniqueses en la isla, apenas recuperada de las privaciones engendradas por el maldito conflicto bélico que había convulsionado a medio mundo! Jamás los olvidaría ella... ¡y menos aún el señor Constant, que entonces por poco pierde la vida en su mismo país en un triste patio de prefectura !

Al día siguiente regresaría con *Air France* a Martinica. Aunque no tenía ninguna responsabilidad en esa infamia, ninguna culpa, como no fueran su discreción profesional y su excesiva sumisión a la autoridad, que no había dejado de reprocharse desde aquella terrible mañana, necesitaba con urgencia descargar la conciencia.

Durante más de quince minutos la señora de Constant, estupefacta, estuvo pendiente de esos labios ajados por los sinsabores de la vida. Tomó de repente una decisión : su marido tenía que salir a la mayor brevedad para Martinica, contactar con su salvadora, escucharla a su turno con atención. Lo de las dos voces entrelazadas, la gruesa y la untuosa, a las que en el café se había referido con insistencia la ex empleada de la Prefectura, había que indagarlo, cómo no. Él debía vengarse por fin. Adriana se fue exaltando mentalmente. Presionaría a su esposo hasta sacarlo de la cama, le haría la maleta, lo metería en el avión. No había peros ni peras. El matrimonio atravesó nuevamente una inquietante zona de turbulencias.

Adriana, que era colombiana y seguía desde Francia la agitada situación de su tierra — sólo en sus ratos de ocio, a decir verdad—, alardeaba de sabia. La política no tenía secretos para ella, la analizaba tan bien como su esposo. Y en el caso específico de Albert, le aconsejaba radicalidad. Enterarse y ponerse manos a la obra. No dejaba de repetirle con la furia de la juventud, para retarlo : *Veni vidi vici*. ¿O es que sólo los romanos tenían estómago ?

Logró su objetivo. Albert puso primero toda clase de reparos, pero dio finalmente su brazo a torcer. Cada día sentía más cruelmente el abismo de quince años que lo separaba de Adriana. A fin de cuentas, no le vendría mal una breve ausencia, un *break*, como solían decir despreocupadamente los jóvenes amigos de su esposa. Lo mismo pensaría quizás Adriana, libre por fin de acostarse a horas muy avanzadas de la noche sin tener que justificarse, de recibir a quien quisiera, de reír a carcajadas sin ton ni son en el gran piso sin

alma. De llevar esa vida bohemia que era para ella la única apetecible. Estaba convencida, además, de haber ganado la partida : Albert había doblado la cerviz.

Pero contra toda previsión, las cosas tomaron un sesgo curioso. Desde Martinica su marido le daba la cara, la provocaba, se quedaba inexplicablemente de brazos cruzados. Continuaba la lucha sorda de los esposos.

17

Albert, lo único cierto es que no sabes a qué atenerte con esta mujer. Te impresiona, te intriga, eso sí, y te pone nervioso al mismo tiempo. Es que la belleza fascina, quién lo va a negar. Y perturba... hasta en la sala de audiencias, cuando te miran de soslayo, como si nada, los ojos negros de la procesada a quien defiendes dudando de su inocencia, sabiéndola incluso culpable. ¡Con qué ardor y mala fe te vuelcas entonces por ella, confíésalo, inventando atenuantes, contextos políticos desfavorables, problemas familiares, incomprensiones de toda clase! Poco tienen que ver los emolumentos que vas a cobrar, es ese fabuloso don de los dioses, tan fugaz, el que inconscientemente te sirve de acicate.

Cuidado, que no te encuentras en el juzgado, Albert. No seas tan teatral, hombre, déjate de aspavientos. Ya está bien de elecubraciones... Estás pisando un territorio enemigo, no te vayas olvidando de ello. ¡Aquí eres bien poca cosa!

Hay que reconocer que Clarysse Lambert ha cumplido contigo, te reveló sin omitir detalles lo de la Prefectura. Pero desde que has regresado de la finca, no puedes dejar de pensar que se te escaparon muchas cosas... Maldito Málaga que vino a quitarle a ella la posibilidad de explicarse más a fondo. De desahogarse acaso, porque te dice el corazón que no la dejas indiferente, que tú le recuerdas... Bueno, no seas presuntuoso. ¿Por qué diablos le salió el nombre de Justin ? ¡No vayas a fiarte de ese supuesto ambiente de confianza que pareció andar con ganas de establecer contigo ! No te gustan todos esos misterios de que se rodea... O de que la vas rodeando tú sin darte cuenta. ¡El misterio, qué broma!, huele demasiado a ritos, secretos, liturgia, y la liturgia no lleva a nada bueno. Huele a muerte... ¿Acaso no ha muerto Justin ?, tu modelo, tu héroe. ¡Sin liturgia, por lo visto ! Que las balas que lo mataron no venían consagradas.

Pero también es cierto que esa vida singular que lleva Clarysse Lambert en el campo es como para intrigar, si pertenece a una familia de abolengo y recursos para asentarse cómodamente en Fort-de-France, en las lomas que dominan la ciudad, no le han de faltar. ¿Será entonces por afición a la soledad o por obligación ? Con los familiares no parece estar en buenos términos, te lo dio claramente a entender, Albert, por poco que le hayas prestado atención. Debe de estar viuda, y contenta. ¿Una viuda alegre entonces ?, libre de compromisos y convencionalismos, si la casaron de joven por las malas, movidos por el interés o la tradición, como suele pasar en esas familias criollas... y hasta metropolitanas. Que si la necesidad de juntar las plantaciones para luchar contra la crisis del azúcar, que hay que mantener la cohesión del clan, que si los negocios, que no puede una muchacha decente vivir, si no está casada, fuera de la casa familiar sin que la miren de lado. Bueno, así es. El deseo aquí no es el que manda.

Albert, ¿no crees que es mal de muchos el vicio ese de concertar matrimonios basados en consideraciones económicas o sociales ? También tus padres tenían en la mente, para su querido hijo, una boda con la hija poco agraciada de un rico farmacéutico de Fort-de-France, tres bolitas de grasa en la frente como tres cuernecitos, ¡no, esto no ! Preferiste casarte con una muchacha salerosa de clase media, hija de una mecanógrafa y un cartero.

Pero te quedaste viudo, como Clarysse. Un viudo triste y deprimido por varios años, no te da vergüenza reconocerlo, que hay matrimonios felices y pérdidas irreparables. Tu caso es bien distinto del suyo. Si no ha vacilado ella en usar de nuevo su apellido de soltera, repudiando *ipso facto* su condición de casada. ¡Lambert, pues, Clarysse Lambert !, cuatro sílabas que ondean como una bandera al viento. ¡Valiente provocación ! A no ser que esa opción estruendosa, a primera vista, la haya considerado como un mal menor.

Y el español ¿qué pinta en todo esto ? No es nada feo, hasta tiene buena planta, y a las mujeres no las dejará insensibles con su tipo exótico. Ojos negros, pelo lacio y brillante echado hacia atrás, inadvertido no pasará. Pero tampoco es un jovencito, y si a Clarysse Lambert son los lindos mozos los que la emocionan, pudo haber escogido mejor.

Bueno, bueno, deja de darle vueltas a ese asunto... baladí, Albert. No te metas en vidas ajenas.

¿Y si bajara Rol a Fort-de- France ? ¿O subes tú a Grand-Rivière ? Es mucha distancia. Mejor encontrarte con él a la mitad del camino, en Morne-Rouge, una tierra amiga donde seguís contando con compañeros fieles, con aliados. ¡En otros tiempos todo un bastión de la izquierda!

Finalmente, tan mal no has trabajado, Albert. Te toca ahora compartir tus intuiciones con Rol.